

nos que la tenían, en la confianza de mejorarla con él. Su amable trato, y su liberalidad sin límites, le ganaban todos los corazones, de manera que apenas había quien no le quisiese seguir. Ciento y ochenta cargas de plata y veinte de oro salieron de su casa para repartirla entre los capitanes que no tenían con que equiparse, sin recibir por ello mas obligaciones que la de pagarlo de lo que ganasen en la tierra á donde iban; y eso los que quisieron de su voluntad hacerlas, que muchos ni aun de aquel modo se obligaron ¹. Esta profusion mas que real con que se preparaba á su viaje, le quitó los medios que necesitaba para sus proyectos en Castilla. Trataba de casar á su hijo don Diego con una hija de un consejero de Indias, y tambien de comprar alguna renta en España. Pidió para esto á su compañero que le mandase dar cien mil pesos de su recámara, y Pizarro se los ofreció gustoso. Desembarazado de este cuidado, dió prisa á la expedición, nombró por su teniente general á Rodrigo Orgoñez, hizo marchar muy delante de sí á Paullo Topa, un indio principal, de quien se hablará despues, hermano del Inca Mango, y al Vilehoma ó sumo sacerdote, acompañados de tres castellanos para que le prepara-

¹ Cuéntanse muchos ejemplares de esta generosidad: tenía un día junto á sí una carga de anillos, y un Juan de Lepa le pidió uno: *Toma*, le respondió Almagro, *los que te quepan en las dos manos*; y sabiendo despues que era casado, le mandó dar 400 pesos para que se fuese con su muger. A otro que le presentó una adarga, le agasajó con 400 pesos y con una olla de plata y asas de oro que valia mil ducados: al que le presentó el primer gato castellano que se vió en aquellas partes, le regaló 600 pesos, etc. etc.

sen y allanasen los ánimos de los naturales, y dando las instrucciones oportunas á los capitanes que dejaba en el Cuzco y en Lima, para que acabasen de reunir la gente y se la condujesen, se puso en marcha para sus descubrimientos.

Al despedirse los dos compañeros, Almagro dijo á Pizarro: que amándole como á verdadero hermano, y no deseando otra cosa sino que su amistad y buena armonía se conservase, y no hubiese nunca impedimentos y estorbos que la perturbasen y rompiesen, le pedia como hermano, como amigo, y como compañero, que enviase sus hermanos á Castilla, dándoles de la hacienda que á él pertenecía todo el tesoro que quisiese. *En esto*, le decia, *dareis á la tierra un general contento, pues no hay nadie en ella á quien estos caballeros no den en rostro con la confianza de ser vuestros hermanos*. A esto respondió el gobernador, que le tenían amor de padre, y no darian jamás ocasion á escándalo ninguno. Consejo áspero sin duda para los oídos de un hermano, difícil de seguirse, atendido el carácter del gobernador; pero honrado, seguro, é inspirado como por instinto, previendo ya las desgracias que á toda prisa venian sobre ellos ¹.

No bien partió Almagro para su expedición, cuando el gobernador hizo el repartimiento de las tierras del Cuzco, y dejando á su hermano

¹ Pizarro, dice Herrera, aunque era astuto y recatado, pero en la mayor parte fué de ánimo suspeso, y no muy resuelto. Década quinta, lib. 7, cap. 13. Acaso no podia él ya con sus hermanos lo que debía, á pesar del respeto que suponía en ellos.

Juan por su teniente en la ciudad, se volvió á Lima á dar calor á las obras que allí se construían; lo cual era entonces su pensamiento favorito y al parecer el primero de sus cuidados. Como en aquellos dias todo estaba tranquilo en el Perú, los indios en paz, los españoles contentos, la voluntad del general respetada y obedecida como suprema ley; y no siendo esta voluntad, como le sucedía siempre en tiempos serenos, ni dura ni enojosa, se puede decir que esta fué otra época de su vida, honorífica y afortunada, en que disfrutó sin pesadumbre y sinsabores de la alta fortuna que se habia sabido granjear. Era espectáculo por cierto bien curioso, ver á aquel hombre de una educacion tan descuidada, y tan falto de noticias, disputar con los artifices sobre la dimension de las calles, altura de los edificios, situacion de los templos, edificios y casas públicas; defender con razones tomadas de la política, del comercio, y de la salubridad, la posicion que habia elegido para el emporio que levantaba, y enseñar á sus compañeros y recién llegados á apreciar y disfrutar aquel paraíso en donde los ponía. Ejercitábase tambien en repartir dádivas que le ganasen concepto y amigos: y si á la verdad su compañero le llevaba en esta parte ventaja, no por eso Pizarro era considerado como escaso, y sabia dar con gracia y con magnificencia cuanto era menester. Al licenciado Caldera, al clérigo Loaisa, á los dos hermanos Henriquez, á Tello y Luis de Guzman, á Hernando de Soto cuando se despidió de él para venirse á España; en fin, á otros muchos caballeros y soldados dió presentes de

príncipe, sin ostentacion y sin violencia, como convenia á un gran conquistador ¹.

En Lima encontró esperándole al obispo de Panamá, que venia con comision del rey para arreglar los límites de las dos gobernaciones, la suya y la de Almagro. Pero como las provisiones originales que debian servir de base á la operacion las traía Hernando Pizarro, y este no acababa de llegar, nada pudo hacerse en negocio tan necesario. Insinuóse tambien al obispo que su comision era ya supérflua, hallándose tan conformes las voluntades de los dos gobernadores por la última concordia que habian hecho. La verdad era que ninguna de las dos partes lo queria; y el prelado, muy poco satisfecho de la sinceridad y buena fe con que en

¹ Sabia dar tambien como particular con discrecion y silencio, de manera que no fuesen humillados con sus dádivas aquellos á quienes socorria. De esta virtud se cuentan muchos rasgos suyos que le hacen grande honor. Solia jugar con menesterosos, y se dejaba ganar para que se socorriesen de este modo, y saliesen honrados con el lauro de jugar mejor que él. El pasaje del tejuelo de oro llevado al juego de pelota para socorrer á un soldado es citado por todos los Historiadores: el tejuelo pesaba, y él lo llevaba escondido en el seno para dárselo al soldado sin que nadie lo viese; mas no pareciendo, y ofreciéndose un partido de pelota que jugar, él se puso á jugarle sin desnudarse el sayo, ni sacar el peso que llevaba, hasta que vino el soldado, que tardó mas de tres horas, y llamándole á parte, le dió el oro, diciéndole que mas quisiera haberle dado tres tantos mas, que el trabajo que habia padecido con su tardanza. Pero de todo lo que se cuenta para recomendar su afabilidad, su buen trato y su llaneza, nada le honra mas que aquel paso de arrojarle al riode la Barranca á sacar por los cabellos á un indio yanacona suyo que, caído impensadamente al agua, se le llevaba la corriente: reñianle sus capitanes aquella temeridad, y él les contestó que no sabian ellos qué cosa era querer bien á un criado.

aquel país se procedia en este y otros negocios, se valió de este pretexto para volverse á su iglesia, rehusando el gran presente que el gobernador quiso hacerle, y admitiendo solo la limosna de mil pesos de oro que le dió para los hospitales de Panamá y Nicaragua.

En este tiempo fué tambien cuando Pizarro dió al capitan Alonso de Alvarado la comision de ir á pacificar los Chiachapoyas, nacion situada al oriente, para ensanchar por allí la dominacion española y la propagacion del Evangelio. Los diferentes sucesos de Alvarado en su expedicion no son de este lugar; pero él hizo prueba en ella de la prudencia, templanza y honradez de carácter que siempre le distinguieron, y supo conservar aun en medio del furor de las guerras civiles, sin embargo de que en estas no fuese tan afortunado como solia serlo en las de los indios.

Llegó en fin á Lima Hernando Pizarro de vuelta de Castilla. Allí habia sido admirado y atendido como correspondia á las grandes riquezas que trajo á la metrópoli, y á los descubrimientos y conquistas que se habian hecho. España toda se conmovió á su llegada, casi como lo habia hecho al tiempo en que Colón vino á presentar el Nuevo Mundo á los Reyes Católicos. Ahora se cumplian las esperanzas de entonces, y por ventura excedia la realidad á la esperanza. El mensajero que tanta parte habia tenido en aquellos acontecimientos, fué altamente honrado y favorecido, y se le despachó por la corte á medida de su deseo. Las prerogativas de criado de la casa real, el hábito de

Santiago, la facultad de llevar ciento y cincuenta soldados de Castilla, la preeminencia de general de la armada en que volviese á las Indias, en fin, la recomendacion de su persona, y el encargo expreso de toda diligencia y buen despacho á todos los gobernadores, comandantes y demás empleados públicos, por quienes hubiesen de correr los negocios y los preparativos de su vuelta, no parecieron gracias superiores á su mérito y á su opinion. A su hermano el gobernador se le dió el título de Marqués, y setenta leguas mas de gobernacion, por luen-go de costa y cuenta de meridiano. Al Mariscal, por quien tambien pidió, estimulado de las diligencias que empezaron á hacer en su favor los capitanes Mena y Sosa, se le concedió, con el título de Adelantado, la gobernacion de doscientas leguas de costa, línea recta de Este, Oeste, Norte y Sur, desde donde se acabasen los límites de la jurisdiccion de Don Francisco Pizarro; con la facultad de nombrar por sucesor de ella despues de sus dias á la persona que quisiese. Llamóse en los despachos Nueva Castilla á las tierras sujetas á Pizarro, y Nueva Toledo á las de Almagro; pero estos nombres no han subsistido. Las cartas con que el Rey contestó á los dos descubridores fueron graciosas, muy apreciadoras de sus servicios, y prometiendo honrarlos y hacerlos siempre merced. Al padre Valverde se le recompensó con el obispado del Cuzco, para el cual fué presentado á su Santidad. En fin, como Hernando Pizarro prometia montes de oro, y la corte tenia tanta necesidad de él, se le encargó que volviese pronto con todo lo

que hubiese recogido de quintos, y con el producto de un servicio extraordinario que se obligó á sacar de los conquistadores. Con esto se volvió al Perú, seguido de un número considerable de caballeros y soldados que quisieron ir con él á adquirir honores y riquezas en Indias; y llegó á Lima poco tiempo despues que su hermano habia vuelto del Cuzco, y Almagro partido á Chile.

Dícese que á vista de las provisiones que enviaba la corte se renovó en el gobernador el sentimiento de emulacion y de envidia contra su compañero; y que receloso de que el Cuzco saliese de su poder, reconvino á su hermano por haber consentido que se diese á Almagro la gobernacion de Nueva Toledo. A esto Hernando Pizarro contestó que los servicios del Mariscal eran tan notorios en la corte, que aun aquel galardón parecia corto al Rey y al consejo; que por lo demás, en las setenta leguas que le traía añadidas á su gobernacion, debia estar comprendido el Cuzco, y tambien mas allá, con lo cual debia desechar aquel cuidado. No omitieron sin embargo los dos hermanos las diligencias oportunas para asegurarse mas y mas de aquella gran posesion. En primer lugar dilataron entregar á Juan de Rada, capitán de Almagro, los despachos originales en favor de su general, que sin cesar les pedia para llevarse los con el refuerzo de gente que estaba reuniendo en Lima para seguirle. Hernando Pizarro se los negó bajo diferentes pretextos, y al fin le dijo que en el Cuzco se los entregaria: todo para dar lugar á que el Adelantado se alejase mas y

mas cada vez, y las provisiones le encontrasen á tanta distancia, y acaso envuelto en dificultades y negocios, que no le permitiesen dar la vuelta. Tambien juzgó el gobernador oportuno que su hermano fuese allá á tomar el gobierno de la ciudad, que á la sazón estaba encargado á Juan Pizarro: pues en el caso de contradiccion de parte de Almagro, y suponiéndole con miras hostiles á su vuelta, queria que el mando y la direccion de aquellas cosas estuviesen en manos mas firmes y mas capaces.

Entretanto que se disponia esta jornada, Hernando Pizarro ansioso de cumplir las promesas que habia hecho en la corte, ostigaba á los conquistadores para que hiciesen al rey un servicio extraordinario, y le ayudasen á hacer frente á los enemigos y guerras que tenia en Europa. No daban ellos fácil oído á estas persuasiones: decian que bastante hacian por el rey en enviarle aquellos grandes quintos que de ellos recibia, ganados á fuerza de sudor, de trabajos y de sangre, sin que el rey de su parte les hubiese ayudado con nada para ello: que no querian contribuir mas con sus haciendas para que él y su hermano solos fuesen los agraciados por el rey. De tantas mercedes y honores como les habia prometido al partir, ¿qué habia traído sino el hábito de Santiago para sí, y el título de Marques para su hermano? Amagábalos él con que les haria restituir el rescate de Atahualpa, el cual por ser de rey pertenecia al rey; y abandonándose á su genio arrogante y orgulloso, los tachaba de ingratos y hombres viles, que no merecian la fortuna que tenian. La cuer-

da era delicada, y el gobernador tomó la mano en la contienda, volviendo por sus compañeros. El los defendió de los insultos de su hermano, les dijo que merecian tanto como los que asistieron á Don Pelayo en la restauracion de España, y añadiendo que la lealtad castellana no se ponía nunca á controvertir servicios con su príncipe, les pedia que se la mostrasen con generosidad en la ocasion presente, dándoles de paso la esperanza de que tal vez les concederia á perpetuidad los indios, que hasta entonces no tenían mas que en depósito. Estas palabras, dichas con la afabilidad que solia cuando trataba de ganar los ánimos, dispusieron á la generosidad á los conquistadores ricos que á la sazón se hallaban en Lima: de modo que, reunida gran cantidad de dinero para el servicio ofrecido, Hernando Pizarro apresuró su partida al Cuzco, á ver si podia conseguir de sus vecinos un donativo igual, y estar entretanto á la mira de los acontecimientos.

Bien era menester que tomase el mando allí entonces un hombre de su esfuerzo, y de su resolución. Agolpáronse al instante con celeridad espantosa las dificultades, los peligros, y aun los desastres. Creíase que solo habria que defender el Cuzco contra las pretensiones aun inciertas del Adelantado Almagro: pero el Cuzco y todo el Perú empezaron á titubear en las manos españolas; y el alzamiento general de la tierra, y la discordia civil, que casi á un tiempo estallaron, vinieron á poner en mortal peligro lo que tanto trabajo habia costado adquirir. Mas para dar al estado de las cosas la claridad que corresponde, es preciso tomar la narracion des-

de mas arriba, y llevar la vista y atencion á los indios, de quienes mucho tiempo ha que no hablamos.

No por ver al Inca desbaratado y prisionero en Caxamalca, desmayaron sus generales, ni faltaron á lo que debian á su rey y á su país. Si no pudieron inspirar mas despecho y fuerza á la muchedumbre que dirigian, y si no acertaron á prevalecer contra la disciplina y armas tan superiores de sus enemigos, á lo menos mantuvieron en cuanto estuvo de su parte la libertad de su patria: combatian cuantas veces tuvieron soldados con que guerrear, y al fin murieron todos libres é independientes, sin reconocer ni sufrir el ageno señorío. Irruminavi, que estaba en el ejército de Atahualpa cuando aquella sorpresa, se escapó al Quito con los cinco mil indios que mandaba, y allí puso la provincia en un estado de defensa tal, que vencedor unas veces, vencido otras, haciendo siempre frente á Belalcázar, sucumbió á la verdad bajo la superior destreza y esfuerzo de su contrario; pero quitándole del todo el fruto de su victoria, frustrándole para siempre de los tesoros á que aspiraba, y pereciendo en medio de los tormentos sin dar ninguna muestra de flaqueza¹. Ya hemos visto como pereció Chialiquichiana en poder de Pizarro, y su suplicio acredita menos su

¹ Belalcázar le sorprendió por la traición de algunos indios que avisaron donde estaba; hizole dar tormento á él y á sus compañeros de prision para que descubriesen los tesoros del Quito; pero ellos, dice Herrera, se hubieron con tanta constancia, que le dejaron con su codicia y él inhumanamente los hizo matar.

culpa, que el temor que infundia con su crédito, y con su valor, y la poca esperanza que se tenía de ganarle en favor de los invasores.

En fin, Quizquiz cubrió y defendió las provincias de arriba; llevó sus indios muchas veces al combate, y luego que vió perdido el Cuzco se hizo recibir por capitán de los mas valientes mitimaes de las provincias comarcanas del Cuzco, que eran los Guamanconas oriundos de las provincias del Quito, y probó otra vez la fortuna de la guerra: primero en el puente de Apurimac, cerca del Cuzco, contra el gobernador, y luego contra los castellanos de Xauxa acaudiados por Gabriel de Rojas, que se hallaba á la sazón en aquel valle. Allí se peleó mas obstinadamente: los castellanos vencieron, pero no hubo ninguno de ellos que no quedase herido, uno fué muerto y tambien tres caballos, y además prendieron á sesenta yanaconas, que Quizquiz hizo matar luego, como sus mas implacables enemigos. Él prosiguió su camino al Quito, á donde habia ofrecido llevar sus mitimaes. Allí tuvieron un encuentro con Belalcazar en que tambien fueron vencidos. Entonces los capitanes aconsejaron á Quizquiz que hiciese paz con los españoles, pues ya veía que eran invencibles. Él los llamó cobardes, y acalorándose la disputa sobre si habian de rendirse ó no, uno de los principales le dió un bote de lanza, y los demas le acabaron á golpes de maza y de hacha.

Estos ejemplares sangrientos y terribles debían poner escarmiento en cualquiera que quisiese hacerse campeón de la independencia peruana. Mucho mas cuando los españoles, despues

de la muerte de Toparpa, continuaban la farsa de tener un Inca con representacion de rey, para que fuese su primer esclavo, y mandar y aun castigar en su nombre á la gente del país. Pero el daño les vino, como frecuentemente sucede, de la misma precaucion. Habia Don Francisco Pizarro, á poco tiempo de estar en el Cuzco, hecho poner la borla de rey, con todas las ceremonias acostumbradas en el país, á aquel Mango Inca, que se pasó tan oportunamente á él en los encuentros anteriores á la entrada de la capital. Como todos decian que á la ley de hijo de Huayna-Capac era á quien con mejor título pertenecia el reino, se recibió general contento de esta eleccion, los indios permanecieron tranquilos bajo su mando, y el Inca en sus principios no desmereció por su conducta reverente y oficiosa el puesto á que el gobernador le habia elevado. Duró este sosiego hasta que empezaron á romper las pasiones de los dos capitanes españoles en el Cuzco: los indios se dividieron tambien, unos siguiendo un partido, otros otro, siendo lo extraño en este caso, que el Inca Mango siguiese mas bien el bando de Almagro que el de su bienhechor. En vano procuraron ellos despues de estar conformes entre sí, conciliar tambien á los naturales; pues aunque en una junta que tuvieron con los mas distinguidos, persuadieron, rogaron, y aun interpusieron su autoridad para que cesasen en sus divisiones, nada pudieron conseguir, y el Inca y sus parientes quedaron enemistados ¹. Despues,

¹ Sucedió en esta junta que un hermano del Inca, mancebo de poca edad, viendo que algunos señores que allí se ha-

cuando Almagro partió á su jornada de Chile, pidió á Mango que le diese dos señores para que se fuesen con él, y le dió, segun ya dijimos antes, á su hermano Paullo Topa, y al Vilehoma, dando á entender que alejaba al uno por celos políticos de mando, y al otro porque le tenia por inquieto y peligroso en razon de su poder. Esto, á lo menos en cuanto al sacerdote, no era mas que pura apariencia: pues antes de partir, dejó concertado con Mango el plan del levantamiento, y apenas supo que estaba empezado, cuando volvió apresuradamente á tomar parte en él y á dirigirle.

Luego que llegó el tiempo oportuno para el intento, el Inca convocó secretamente á los principales señores de las tres provincias convecinas, y hechos muchos sacrificios y ceremonias á su usanza, les propuso el estado de las cosas, y les pidió consejo sobre lo que se debía hacer, para salir de la sujecion en que aquellos extranjeros los tenian: recordóles la mansedumbre y justicia con que los habian gobernado los Incas sus antepasados, y la prosperidad con que iban entonces todas sus cosas: manifestó el desorden y trastorno que todo habia padecido con la llegada de los castellanos, el sacrilego robo de los templos, la corrupcion de las costumbres por el desenfreno de su lujuria, tenidas por

Ilaban no hablaban con su rey de rodillas, segun la antigua costumbre, los reprendió con tanta vehemencia, y sus palabras tenian un espíritu tan brioso y resuelto, que el gobernador español se alteró oyendole, le amenazó, y le dijo malas razones; cosa que desagradó á muchos, por parecer un despique que no le hacia honor.

mancebas sus hijas y sus hermanas, y por esclavos los hombres, sin mas ocupacion que la de buscarles metales y servir á sus caprichos. Ellos habian hecho alianza con los Yanaconas, la clase mas vil de aquella tierra, y les habian dado alas y soberbia para insultar á sus señores, y aun vilipendiarle á él: lo mismo sucedia con muchos mitimaes, de modo que ya no faltaba sino que le despojasen de la borla. ¿Qué habia hecho el Perú á aquellos hombres insolentes para haber entrado en él á mano armada y dar muerte á Atahualpa, á Chialiwichiama, y demas personajes, la flor y el esplendor de aquel reino? Advirtióles del aumento progresivo y espantoso que iban tomando, y que si se descuidaban en el remedio, ya despues sería tarde para conseguirlo. La ocasion presente no podia ser mas oportuna: los mas valientes y mejores se habian alejado con Almagro, y era probable que no volviesen de Chile: los demas, divididos y situados á grandes distancias, podrian ser atacados y oprimidos á un tiempo, sin que pudiesen valerse unos á otros. Era preciso pues aprovechar la conjuntura inmediatamente, y aventurarlo todo para conseguir la ruina y destruccion de hombres tan injustos y crueles. Respondieronle primero con llantos y gemidos, y despues á una le dijeron que hijo era de Huayna-Capac, y todos darian la vida por él: que los sacase de aquella dura servidumbre, y el Sol y los dioses estarían en su favor. Y pasando despues á consultar las disposiciones que deberian tomarse, la primera en que convinieron, como base principal de todas, fué en que procurase el

Inca salir del Cuzco con la mayor cautela que pudiese, y se volviesen á reunir todos en paraje seguro.

No estuvieron estos tratos tan secretos que al fin los Yanaconas no los rastreasen y avisasen de ello á los españoles. Así es que aun cuando Mango logró escaparse dos veces del Cuzco, dos veces fué vuelto á él, y la última puesto preso con buena guarda, para que no lo intentase la tercera. Temieron los indios segunda catástrofe como la de Atahualpa, pero por fortuna los castellanos ni le estimaban ni le temian; y ademas Juan Pizarro estaba muy lejos de tener la autoridad de su hermano para atreverse á tanto, ni tampoco su resolución. En esto llegó Hernando, y, sea compasion ó desprecio, sea política ó codicia, como lo suponian sus enemigos, lo primero que hizo fué poner á Mango en libertad. Él usó de ella al principio con discrecion y con recato. Supo ganar los oidos del nuevo comandante con su artificio y sus lisonjas, su compasion con sus lástimas, y su confianza con su porte obsequioso á un tiempo y desahogado. Mas nada le movió tanto para ello como la oferta que hizo de alhajas y tesoros. Sobre todo le hablaba de una estatua de oro de su padre del tamaño del natural, cuyo paradero era conocido de él. La codicia es tan crédula como ciega: dióle fe Hernando Pizarro, y pidiéndole el Inca licencia para ir á buscarla, se la concedió gustoso. Mango pues salió del Cuzco á ciencia y presencia de todos, acompañándole, ademas de los indios que llevaba, dos castellanos y el intérprete del comandante. Este á los ocho dias

conoció el yerro que habia cometido, y salió con ochenta caballos á buscar al Inca en Calca, lugar poco distante de la capital. Al acercarse allá encontró á los dos castellanos que le dijeron como iban despedidos, habiéndoles mandado Mango que se fuesen, pues no necesitaba de ellos. Quiso sin embargo dar vista á Calca, y fué acometido de los indios, que le dieron en que entender toda la noche, y al fin tuvo que volverse al Cuzco á la mañana siguiente, cargándole ellos, y molestándole hasta que le encerraron en la ciudad.

Ya entonces la guerra estaba abiertamente declarada, y los indios la hicieron con tanta resolución como porfia. La lucha, aunque desigual, no lo era tanto como al principio: porque mas habituados á la vista de los caballos y al estrépito de los arcabuces, no llevaban tanta disposicion al terror ni á la sorpresa, y sabian suplir la desigualdad de sus armas con la muchedumbre de gente, y la falta de robustez con la impetuosidad y el teson. Inundaron pues como diluvio las avenidas del Cuzco, tomaron de sorpresa y rebato la gran fortaleza exterior, ganaron tambien una casa fuerte inmediata á la plaza en que los castellanos querian atrincherarse, ocuparon las casas, barrearón las calles, y haciendo en las tapias sus agujeros y troneras, se comunicaban á su placer por todas partes, pareciendo todavia mas de los que eran. Los españoles reducidos á doscientos, y á mil Yanaconas que peleaban en su compañía, no tuvieron otro recurso que recogerse á la plaza, y allí acuartelados en dos casas y en sus toldos, se de-